

colección rúbrica



ALICIA LAKATOS



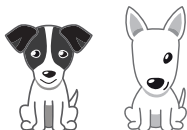
COSAS DE HUMANOS  
(MAIÀ Y CAPI)

*Las fotografías y los dibujos de Carol Tello pertenecen  
a Maià y Capi*

esstudio  
ediciones

I PARTE

«MALÀ Y CAPI»



—¡Oh, oh! No sé por qué me da que esta vez he metido mi blanca patita hasta el fondo. Yo solo quería dormir un rato. Me he metido, como siempre, debajo de la cama de la amita y, cuando he visto que pasaban por delante las ruedas de la silla del yayo, he querido jugar con él a esconderme. Pensaba que ya sabía que estaba ahí, y se marcharía tranquilo. Siempre jugamos a eso. Él hace la comedia de que me busca y no me encuentra; me llama sin vergonzona y yo salgo moviendo mucho la cola, me subo a su silla, y él me da un beso.

Pero hoy no sé qué le pasa. Se ha puesto muy nervioso al no verme, y me ha gritado para que saliera, y yo... me he asustado un poco, y me he escondido más adentro.

No quería preocuparlo. Bueno, la verdad es que no sabía que estaba preocupado, porque no tenía motivo; si yo estaba bien, no me pasaba nada, solo que la luz del comedor me molestaba, y he preferido meterme debajo de la cama.

Me ha gritado mucho, y cuando ha visto que no salía, se ha ido a la puerta de la calle y la ha abierto, pensando que yo creería que había venido alguien, y saldría, pero enseguida me he dado cuenta de que era una artimaña para hacerme abandonar mi escondite. Me voy haciendo mayor, y ya no pueden engañarme tan fácilmente. Así que me he quedado más quieta que nunca.

*Me ha dado pena porque se ha puesto a fingir que hablaba con alguien... Por un momento he estado a punto de salir, pero me he imaginado que si lo hacía, me caería una buena reprimenda y un azote en el culo. Esperaré un poco, y si veo que se tranquiliza, saldré bostezando y estirando las patas, como si hubiera estado durmiendo, y no me hubiera enterado de nada. ¡A ver si cuela!...*

*¡Ay!, que vuelve a entrar.*

—*Maià, Maià, ¿dónde estás? Cuando te coja te voy a dar una paliza que te vas a acordar toda tu vida. ¿No ves que no me puedo agachar para buscarte? ¡Maià! A ver si le ha pasado algo... La puñetera manía que tiene Sofía de darle esos huesos para los dientes. Mira que se lo tengo dicho: el día menos pensado se ahogará con uno de ellos; no es la primera vez que tenemos que sacarle un trozo casi de la campanilla.*

*Maià, sal, cariño... Es que es para matarla. No puedo quedarme parado sin hacer nada.*

—*¡Madre mía, en que lío me estoy metiendo! Voy a salir, y que sea lo que Dios quiera. No puedo consentir que el pobre yayo lo pase tan mal. Aunque no es verdad que me haya medio ahogado nunca con los huesos. Lo que pasa es que me los voy comiendo, y al final se quedan pequeñitos y, creo que, solo una vez, se me quedó uno atravesado en la garganta. Menos mal que estaba la amita y me lo pudo sacar. Aquel día pasé mucho susto. Pero solo aquel día. Y ahora, ¿qué hace? ¿Está llamado por teléfono?*

—Buenos días, perdone que les moleste, ¿podría avisar al doctor Leopoldo Ibáñez?

—*¡Oh, no!, está llamado al largo. ¡Qué manera de complicar las cosas! Cuelga, yayo, cuelga. Estará trabajando. ¡Ay, la que me va a caer! Cada vez tengo menos claro eso de salir y dar la cara.*

—Ya, comprendo. No, no es nada urgente. Sí, soy su padre. ¿Sabe cuándo acabará la operación? Claro, entiendo. No se preocupe. Gracias, muy amable. *Maià*, ¿dónde demonios estás?

—*¡Otra llamada!*

—Hola cariño... *¡Maià* ha desaparecido!

—*¡Halaaaaaaa!*

—Pues, no sé... estaba aquí. Yo he abierto un momento la puerta cuando ha llamado la tonta del sexto, a ver si tenía unas patatas, porque tenía que hacer no sé qué guiso. No, no se ha ido por las escaleras. Estoy seguro de que después de eso la he visto en el comedor. Pues, si te digo que ha desaparecido, es porque ha desaparecido. Claro que la estoy llamando, pero no sale. No, Marisol ya se ha marchado; es casi la una, y precisamente cuando ella se ha ido me ha extrañado que la perra no fuera a despedirla.

Ya estoy tranquilo, Sofia, pero es que no la encuentro. ¿Cómo quieres que mire si está debajo de tu cama? Si quieres me tiro de la silla de ruedas y espero hasta la noche para que vengáis a levantarme. Sí, la he llamado mil veces, y hasta he ido a la puerta y la he abierto para que pensara que venía alguien.

—*¡Lo sabía!*

—No sé si la he gritado o no. Es que estoy desesperado con ella, y me dan ganas de matarla en cuando salga.

—*Eso es maltrato animal.*

—Hija, ¿no puedes venir de un momento? He llamado a tu padre, pero... Sí, a tu padre, ¿qué querías que hiciera? Me da miedo que esté debajo de algún sitio ahogada con uno de esos malditos huesos.

—*Pero yayo, que estoy bien...*

—En fin, si no puedes venir, déjalo. Que sea lo que Dios quiera... ¡Ah!, gracias, cariño. Coge un taxi, yo te lo pago; llegarás antes que en tu coche. Vale, como quieras. Gracias, hija.

—*Ahora sí que solo queda esperar. Está con la silla de arriba para abajo del comedor. Tengo el estómago encogido de los nervios. Pero ¿por qué ha tenido que armar todo este lío? Si ve que no salgo, pues... ya saldré. Supongo que hoy debe tener un día malo de dolores, y lo ha pagado conmigo. ¿Y con quién, si no? La amita y el largo se van prontísimo, y hasta la tarde, o hay días que hasta la noche no vuelven. Y con Capi nunca se mete porque dice que nunca le da motivos. ¡Es tan bueno!*

*Y sí que lo es, pero a veces hace cosas y ellos no se enteran. ¡No sabe nada! Claro, como es más mayor, y ha pasado por tanto, tiene mucha más experiencia que yo.*

*Yo le quiero mucho, aunque también le hago muchas trastadas. Me divierte morderle las patas cuando vamos paseando por la calle. Empieza a levantarlas, y da la sensación de que*

vaya bailando. Yo me río, pero la amita me riñe (aunque sé que también a ella le hace gracia).

¡Ay, la amita cuando llegue! No me va a quedar otra que salir. Usaré la táctica de las orejas para atrás y la mirada de profundo arrepentimiento. Normalmente no falla, y acaba cogiéndome en brazos y dándome besos. Veremos si esta vez también funciona. No sé yo; está el río muy revuelto.

Lo que ya no oigo es al yayo; debe estar esperando en la puerta. Pobrecillo, es que me quiere mucho. Y yo también a él, aunque a veces no comprenda sus reacciones. Los humanos son muy complicados. Eso me lo dice Capi a menudo:

—Los humanos no tienen el mismo sentido del humor que nosotros.

—¿Qué, nosotros? Tú nunca haces una broma, ni te ríes con las mías.

—Es que tus bromas son a veces muy pesadas. Te pones muy cansa.

—¿Cansa? ¿Qué significa?

—Pues... pesada, latosa, impertinente, machacona...

—Vale, vale, tampoco hace falta que agotes el diccionario. Además, será a ti al único que no hago gracia, porque a la amita, y a la tieta, y a la vecina, y a muchísima gente, les encantan mis travesuras.

—Hasta el día en que tengas un disgusto, y entonces vendrás lloriqueando.

—Yo nunca he lloriqueado, y menos contigo. Tengo los suficientes meses para saber comportarme en todo lugar, y en toda circunstancia. Lo que pasa es que tú eres un viejo aburrido.

—¿¿¿???

—Sí, sí, sí; y no me digas que no porque es que sí.  
Porque...

—Vale ya, *Maià*. ¿Ves? Te estás poniendo muy pesada. Anda, vete a jugar por ahí y déjame tranquilo un rato. Me das dolor de cabeza.

—Ya te pareces al yayo. Vale, me voy a jugar, pero no porque tú me lo digas, sino porque me apetece. Es más, estaba deseando que acabaras de hablar para largarme. Que no callas...

—¡La puerta! Me tiemblan hasta las uñas.

—Sofía, menos mal que estás aquí.

—Tranquilízate, abuelo, ya verás como está debajo de la cama. ¡*Maià*! ¡*Maià*! Sal, cariño.

Y *Maià* salió. Lo hizo muy despacio, casi en cámara lenta. La comedia de las orejas pegadas a la cabeza y echadas para atrás, los ojos medio desorbitados, de tan asustados, y el ligero temblor de su pequeño cuerpo, causaron el efecto milagroso del que ella estaba tan segura.

—*Maià*, ¿dónde estabas? Ven. No te asustes, que no pasa nada. ¿Ves, abuelo? Debía tener miedo, y por eso no salía.

—¿Miedo? Mira, me dan ganas de... Llevo tres horas llamándola como un desesperado; ya no sabía qué hacer. Pensaba que le había pasado algo, y ahora... sale tan fresca en cuanto has llegado tú. Por mí ya se puede morir. No pienso volver a mirarla nunca más, después del disgusto que me ha dado.



Ismael dio media vuelta en la silla y se marchó a su habitación. Se había llevado uno de los mayores sustos de los últimos tiempos. Quería muchísimo a *Maià*. Era una compañía impagable, y había volcado en ella todo su cariño. Desde que el accidente le dejara prostrado en una silla de ruedas, «presumía» de que ya nada le conmovía, ni le afectaba. Amaba a los suyos, pero un extraño pudor le impedía demostrarlo abiertamente. Era como si, en aquel accidente, aparte de sus piernas, se hubiera mermado su capacidad de expresar los sentimientos. Solo con *Maià* los dejaba aflorar. Con ella no tenía que dar explicaciones de aquellas lágrimas, que tantas veces brotaban incontrolables de sus cansados ojos.

Por eso, esa mañana, si hubiera podido, le hubiera dado una soberana paliza (hipotéticamente hablando; él era incapaz de hacerle daño a una hormiga). No se merecía aquel disgusto, ni la desobediencia con la que se había comportado.

Sofía vio que su abuelo estaba, de verdad, muy enfadado, y por eso no trató de buscar más excusas, ni de impedir que se refugiara en su habitación. Se sentó en el sillón, y mirando fijamente a *Maià* vio cómo esta iba, poquito a poquito, acercándose a ella. Sabía perfectamente que había hecho algo malo; pero también sabía que no había querido hacerlo. Era todo un juego; igual que otras veces. Solo que hoy el yayo no tenía la misma paciencia.

Sofía no se movió cuando la pequeña se le puso en sus pies, acurrucada como si fuera un ovillo de lana. Poco a poco fue levantando la cabeza, y cuando se encontró con los ojos de su amita, vio que en ellos no había enfado, sino ese amor que a ella tanto le llenaba. En cámara lenta le puso las patitas en su pierna, e inclinó la cabeza, temerosa, cuando vio que le acercaba la mano.

—Que no te voy a hacer nada, aunque debería. ¿Por qué le has dado ese disgusto al abuelo? Ven, gordita, sube conmigo.

¿Cuántos millones de besos se pueden dar por segundo? Seguro que *Maià* batió el récord.

—Vale, vale; solo falta que ahora salga y vea esta escena; nos echa de casa a las dos. Vete a pedirle perdón, que yo tengo que volver a la oficina. Menudo cachondeo va a haber ahora a costa de tu desaparición.

—¿Tengo que ir a pedirle perdón? Pero si ha dicho que me va a dar una paliza. Está muy enfadado. No quiere ni verme... Mejor lo dejamos para más tarde; cuando tú vuelvas. ¿Eh?

—Venga, a su cuarto. Abre la puerta con la patita, entras, y le das un beso. *Maià*... no me hagas enfadar a mí también.

—Vale, vale, ¡vaya prisas! ¿No puede venir Capi conmigo? No, ya veo que ni se ha inmutado. Eso... sola ante el peligro. Pues... voy. No tengo miedo. No me va a dar ninguna paliza. Solo lo ha dicho por... por decir, pero no lo va a hacer. ¿No podría ir después de comer?